

Recordar, compartir, aprender

**Castellón**  
**Carmen Ochoa Salvador, 88**  
**Paz Palau Pellicer, 27**

## CUANDO CARMEN MIRA AL CIELO

Hay épocas en las que los sueños no están permitidos. Y aquellos eran días en los que era mejor tragarse los anhelos y garantizar una supervivencia que aunque contenida, aseguraba el pan y los placeres mundanos.

Carmen lleva 88 años viviendo a ras de suelo. Ahora observa a los aviones que sobrevuelan cada día su cabeza. Se permite un deseo, quiere volar.

A Carmen le arrancaron la ingenuidad de las entrañas una tarde cualquiera, cuando todavía nadie le había preguntado qué quería ser de mayor. Un joven muchacho inoportuno, forzó su cuerpo, todavía infantil y se llevó los motivos y las intenciones de una niña que no sabía que la vida ni avisa ni concede. Aquella tarde fue la única tarde de su vida. Mientras su cabeza se ocupaba de gestar intentos más amables, su cuerpo quebrantado, ajeno a otros propósitos, gestaba por su cuenta un regalo disfrazado de obligación. El regalo se llamó Cinta, la obligación: la de recordar sin tregua, cada día, que a los 14 años se es demasiado joven para jugar a ser adulta.

Un pequeño pueblo del sur, pocos años antes de una guerra no podía permitirse aquel estigma, y en una época atravesada por los símbolos, la madre de Carmen decidió por las dos que había que guardar las formas y los fondos. Carmen se convirtió así, en la hermana mayor de una preciosa niña rubia, fruto de la inconsciencia y el dolor. Al cabo de poco tiempo, Cinta tuvo que asumir nuevos papeles. Y otros padres se encargaron de ella, facilitándole una posibilidad. Dándole otra vida. Pero Carmen no se quejaba. No estaba triste. Aceptaba con docilidad que los sueños son para los otros y se escondía en los recovecos de su padre para olvidarse del mundo y sus fantasmas.

Jacinto es nombre de flor. Y Carmen, aún sostiene las letras de su nombre entre los dedos. Ella le adoraba. A menudo iban juntos al campo, y mientras él recorría la tierra, Carmen bailaba sevillanas a su lado, alejándose de entornos más amargos. Soñando que volaba. Jacinto hubiera matado con sus propias manos a aquel joven que se aprovechó de su hija. Él tenía miedo y por eso se fue. La guerra se encargó de hacer el resto, saldando sus propias deudas con una causa injusta e invisible. El muchacho, inoportuno también entonces, murió lejos, con una bala clavada en el pecho.

La enfermedad también se llevó a Jacinto, y Carmen trabajó para ocupar el hueco que habían dejado los ausentes. Tampoco pudo elegir entonces. Trabajar, admitir la resignación y los segundos planos eran sus tareas diarias, sus tareas reales. Alejada de sueños, vuelos y promesas trabajó, trabajó y trabajó, sirviendo en casas de gente acomodada, observando de nuevo la vida, desde su constante posición de segundona. Muchos la trataron bien. Apreciaban su discreción, su respeto innato por la vida y las personas. Era difícil no quererla. Se acomodó tranquila en el espacio amable, inventándose para los demás. Pero lo que ella quería realmente era vivir esa otra vida que se esconde detrás de las cosas que nunca hacemos. Optar por los opuestos, decidir. Quiso ser libre, ver y aprender; viajar y quedarse. Volar.

Un barco la llevó a Melilla, y trabajó durante un tiempo en la casa de verano de aquellos señores ricos. Descubrió que el olor del África cercana se le había metido en el cerebro. Quería quedarse. Su madre no se lo permitió y tuvo que regresar para encerrarse, otra vez, dentro de los límites que habían dibujado los demás. Y ella se iba diluyendo entre las líneas. Apenas existía. Tal vez por eso Fernando no la vio la primera vez y se casó con su prima. Pero ella murió y Carmen estaba allí de nuevo, agazapada y quieta para ocupar lugares que nunca fueron suyos. Compartió a su lado una realidad sin sobresaltos. Con él aprendió que la vida tranquila también es vida, y aunque vivió su matrimonio arriesgándose a quedarse sin deseos, rozaba todavía la ilusión de emprender el vuelo. Sonreía.

A Carmen le gustaba mucho el movimiento, no le importaba el lugar, sino la sensación de trasladarse. Y perseguía a Fernando para que estudiara, para que aprendiera a conducir. Ella no podía, no sabía leer. Tampoco hubo

concesiones entonces, y una vez anestesiados los anhelos, la adversidad decidió claudicar. Carmen tuvo un hijo.

Los años pasaron; laberínticos o iguales. La enfermedad, sin embargo, acechaba a su familia y debían dejar atrás el sur buscando otras latitudes. La posibilidad del vuelo era inmediata. Pero a Fernando le pudo más el miedo que la virtud de olvidarse de sí mismo y Carmen se metió las ganas en la boca y disfrutó el sucedáneo de un vuelo inalcanzable, a bordo de un estupendo tren. No encontró cómplices de su afán, ni tampoco se apoderó de ella la nostalgia. Viajo con humildad, tocando el suelo siempre, a ciertos lugares de España y Portugal. Aquellos años entre el resplandor y la muerte se hicieron sustancia, y precipitaron a su hijo durante veinte años, a una firme certeza anclada entre dos ruedas. Carmen se precipitó con él, viviendo el simulacro de aferrarse a la tierra y sus raíces. Un día Fernando, el hijo y el sentido se olvidaron de caminar a su lado, y se fueron también. Carmen desde abajo, se quedó observando, envidiando sus vuelos y se autoproclamó vigilante del aire y sus contornos. Se convirtió entonces en habitante de una espera que todavía no ha cesado.

En el fondo de sus manos se advierte desaliento, tiene los ojos redondos, pequeñitos. Parece que su mirada se ha quedado instalada en un eterno septiembre y cuando sonrío, la indulgencia le borra las arrugas y vuelve a tener los años que ya no tiene. Que nunca tuvo. En el cielo no hay nadie. Y aunque no sabemos de dónde procede la fascinación que nos brinda su inmensa y distante ambigüedad, albergamos la esperanza de que una voz nos cante desde arriba, para consolarnos. Cuando Carmen mira al cielo, ve con claridad todo lo que pudo ser y no fue, cada una de las decisiones que ha dejado atrás, que no tomó. Aún así, no le molesta su pasado, no encuentra las razones. Ahora observa a los aviones que sobrevuelan cada día su cabeza. Se permite un deseo. Quiere volar.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Ellos no lo saben, pero cuándo les preguntas por las cosas importantes se les escapa un suspiro sordo, inevitable. Entornan los ojos y sienten que tu pregunta les devolverá lo que han perdido. Ellos añoran la juventud, las ganas. Yo envidio su tranquilidad, la gratitud que le otorgan al tiempo. Su sencilla experiencia.

Carmen y Ángel son los dos extremos de un mismo horizonte, y se han hecho amigos, compañeros de una casa ajena para ambos. Ángel está enfadado con la vida, porque con tan sólo 64 años se ha quedado anclado en un lugar que no considera propio. Carmen con unos orondos 88 se lleva su bolso a todas partes, por si acaso se presenta la oportunidad de irse a otro lugar.

La residencia donde viven esta situada justo al lado de un aeródromo, y cada día, a todas horas, avionetas de todos los colores surcan el cielo, y lo adornan con sus líneas.

–Imaginaos que ahora aparece un mago y os concede un deseo, ¿qué le pediríais?

–¿Un mago? me pregunta Ángel. ¿Tú has visto alguno?

Carmen nos mira, divertida. Se ríe, no dice nada.

–No, pero soñar es gratis, Ángel.

–Pero no sirve para nada, me dice, con ese tono suyo, que siendo tan cenizo resulta incluso tierno. ¿Y tú Carmen, di algo, que te están preguntando a ti?

Carmen ya no se ríe. Ahora se ha quedado muy quieta, un poco ausente. Le cojo de la mano y le pregunto:

–Carmen, dame algún consejo. ¿Qué es importante para ti?

–Ay, hija, no lo sé. Tener salud, eso es lo más importante. Yo he tenido suerte porque estoy muy bien. Y no tener miedo, yo no le tengo miedo a nada.

Carmen me mira sin mirarme cuando le pregunto qué haría si volviera a nacer, en ese momento el ruido de un motor ha atravesado las palabras.

–¡Uf!, ¿yo?, resopla, mirando todavía hacia arriba. No sabe qué contestar. No hace falta.